EL ESTUDIO HISTÓRICO DE LOS MARCADORES DEL DISCURSO: ¿UN PROBLEMA DE PERSPECTIVA?*

SANTIAGO DEL REY QUESADA
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Con la presente contribución pretendo revisar algunos aspectos teóricos y metodológicos referentes a la definición, a la clasificación y al estudio histórico de las unidades que gran parte de los analistas del discurso denomina “marcadores”. Menciono la dificultad que existe en delimitar las características de estas unidades como “clase de palabras”, dificultad que el análisis histórico del discurso avala. Considero que la perspectiva semasiológica frecuentemente aplicada al estudio de los marcadores, aunque rentable, debe ser ampliada de manera que estas unidades puedan ser descritas desde un enfoque onomasiológico más abarcador. Aplico el modelo funcional propuesto por López Serena y Borreguero (2010) (Borreguero y López Serena 2011; López Serena 2011) para estudiar distintas características discursivas de un corpus basado en las traducciones castellanas de algunos de los *Coloquios* de Erasmo de entre 1527 y 1529 e intento demostrar que la perspectiva funcional produce interesantes resultados en lo que atañe al análisis histórico del discurso.

PALABRAS CLAVE: análisis histórico del discurso, semasiología, onomasiología, marcador, conector, operador.

ABSTRACT

In this work I intend to review some theoretical and methodological issues concerning the definition, classification and historical study of the units that much of the discourse analysts call “discourse markers”. I mention the difficulty in delimiting the characteristics of these units as “kind of words”. This problem is also endorsed by historical discourse analysis. I consider that the semasiological perspective often applied to the study of the discourse markers, though worthwhile, should be extended so that these units can be described from a more comprehensive approach, preferably onomasiological. I apply the functional model proposed by López Serena and Borreguero (2010, Borreguero and López Serena 2011, López Serena 2011) to study different discursive characteristics in a

* Agradezco a los profesores Rafael Cano Aguilar, Lola Pons Rodríguez y Araceli López Serena y a mis compañeros Elena Carmona Yanes, Elena Díez del Corral Areta y Rodrigo Verano Liaño los sabios comentarios y oportunas observaciones que hicieron al borrador de este artículo.

corpus based on the Spanish translations of some of Erasmus's Colloquies (1527-1529) and I try to show that the functional perspective produces interesting results in regard to historical discourse analysis.

KEY WORDS: historical discourse analysis, semasiology, onomasiology, marker, connector, operator.

1. INTRODUCCIÓN

Sería inútil a la vez que redundante hacer una revisión crítica de los trabajos escritos en el ámbito de la lingüística hispánica acerca de los marcadores del discurso en la historia del español. Tal labor ya ha sido abordada por nuestra compañera Lola Pons Rodríguez (2010a) y no será necesario reincidir en ello. Como la propia profesora Pons indica (2010a: 538-555), la cuestión del nacimiento y desarrollo de los llamados conectores (así han sido denominadas mayoritariamente las unidades a las que nos referiremos aquí¹, fundamentalmente porque, en la mayoría de los casos, se han estudiado en concreto como elementos lingüísticos que proporcionan cohesión al texto) ha sido uno de los temas predilectos de la investigación lingüística en las últimas décadas, sobre todo enfocado a partir de los presupuestos de la teoría de la gramaticalización (cf. Traugott, 1997).

Sin adentrarse en los tortuosos derroteros por los que estas unidades van en camino o terminan de gramaticalizarse a lo largo de la historia, otros autores han destacado el aumento cuantitativo de marcadores en los textos en diferentes épocas del idioma, por ejemplo a partir del siglo xv. Rolf Eberenz (1994: 2) pone en relación este hecho con la renovación de la prosa castellana de la época. Bustos (2000: 78) habla de una "mayor riqueza modalizadora del discurso" característica de una concreta tradición discursiva², la de los textos doctrinales³, durante la primera mitad del

¹ Pons Rodríguez (2010a: 532) estudia la frecuencia de uso de los términos *conector*/*marcador* en diferentes autores que han dedicado alguna página a estos elementos y extrae algunas conclusiones interesantes: "el mayor volumen de empleo de la forma *conector* en la bibliografía de fecha más antigua, y el hecho de que buena parte de lo que se estudia bajo el término de *marcador* pertenezca también a la subespecie de los *conectores* revela no solo la prelación temporal del término *conector* con respecto al de *marcador*, sino, aún más importante, la especialización de la investigación diacrónica en elementos destinados a la ilación (incluso reconociéndose que tal ilación se daba en ocasiones no entre partes del discurso sino entre lo expreso y lo presupuesto, por ejemplo) y la postergación de las unidades que trabajan en niveles discursivos de más carga en cuanto a modalización, argumentación o más sujetos a la negociación comunicativa en la interacción". Para los diferentes matices que adquiere la definición de conector y marcador en la bibliografía europea y americana, cf. Pons Bordería (1998: 22).

² Sobre el concepto de tradición discursiva pueden verse los trabajos de Schlieben-Lange (1983), Koch (1993, 1997), Oesterreicher (1997, 1998), Stoll (1998), Jacob y Kabatek (2001, sobre todo Kabatek 2001), Kabatek (2003, 2004, 2005), Aschenberg (2003) y, como perspectiva panorámica, López Serena (2007b).

³ La difusión de marcadores en una determinada época a partir de tradiciones discursivas cerca-

siglo, lo que lleva aparejado “un uso más frecuente de estructuradores de la información, de marcas de evidencia, volición, obligación, posibilidad, probabilidad, etc., además de nuevos marcadores con valor confirmativo, explicativo, digresivo, etc.”. En lo que respecta al siglo XVI, también Rafael Cano (2007: 6-7) destaca la pertinencia de estudio de los conectores por diversas razones (entre ellas, la “modernidad” de la prosa o la presencia de estilos literarios, individuales o de grupo, propios)⁴.

La relevancia, pues, del estudio de los marcadores en el estudio histórico de la lengua se hace cada vez más evidente, ya que se ve en ellos uno de los elementos clave de la organización del discurso, así como de la estructura interaccional y argumentativa de los textos. Sin embargo, sigue habiendo preguntas sin resolver que no solo afectan a los analistas del discurso contemporáneo, sino que también preocupan a los historiadores de la lengua. Con la presente contribución, quiero volver sobre dichas preguntas e intentar acercar posibles soluciones que ayuden al investigador a adoptar una perspectiva menos restringida en el estudio histórico de los marcadores, estudio que, también en su dimensión diacrónica, ha dejado ver un sesgo lexicocentrista⁵ que, en muchos casos, dificulta la obtención de un panorama vasto capaz de dar cuenta, si no de todos, al menos de gran parte de los movimientos discursivos⁶ que pueden encontrarse en diferentes textos de distintas épocas y pertenecientes a tradiciones discursivas diversas. Antes de abordar el problema de la perspectiva que quiero adoptar en el estudio de los marcadores del discurso, ofreceré algunas impresiones sobre la cuestión previa que preocupa a no pocos lingüistas: ¿son los marcadores una clase de palabras?

2. LOS MD: UN PROBLEMA DE TAXONOMÍA

Desde el primer estudio global sobre marcadores del discurso de

nas a la distancia comunicativa (cf. Koch y Oesterreicher 2007[1990]), ricas en esta clase de partículas, desde donde se trasvasarían después y se generalizarían en tipos de textos diferentes, es una de las vías por las que el idioma adquiere nuevos mecanismos de organización textual, concretamente mediante procesos de elaboración (sobre este concepto, cf., de nuevo, Koch y Oesterreicher 2007[1990]: 117 y Pons Rodríguez 2010a: 555). Por supuesto el peso de la Retórica clásica, que abogaba por la *variatio* también en lo que se refiere a los elementos de cohesión entre las partes del discurso, contribuyó asimismo a la proliferación de conectores textuales (Cano Aguilar 2004: 139), especialmente a partir de los Siglos de Oro.

⁴ Menor atención han recibido los marcadores, y en general “la sintaxis histórica del discurso” (Girón 2003b: 332), surgidos o que cumplen su evolución en el XVIII y el XIX, lo que tiene que ver con el “prejuicio de periodización” que critica la profesora Pons Rodríguez (2010b).

⁵ Me refiero al análisis lingüístico basado en el estudio de determinadas unidades léxicas delimitables y no de las funciones que distintas unidades y estructuras lingüísticas pueden asumir. Debo advertir que utilicé el adjetivo *lexicocentrista* como sinónimo de *semasiológico/a*, sin atribuir al término ningún matiz peyorativo.

⁶ Entiendo por movimientos discursivos el conjunto de los procesos cohesivos, argumentativos, informativos, cognitivos, etc., que concurren en el texto.

Schiffirin (1987) se discute el estatuto gramatical de estas unidades⁷. Por comenzar con una definición tradicional ya en la bibliografía en español, Martín Zorraquino y Portolés (1999: 4057) dicen que son “unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional –son, pues, elementos marginales– y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación”. Se refieren los autores a un concepto pragmático y enunciativo que la tradición gramatical pone en relación con un constituyente común a diversos elementos lingüísticos: la modalidad⁸. Ciertamente, la descripción de los mecanismos lingüísticos que ya no solo vertebran⁹, sino que también condicionan la interpretación del discurso, que se abre “hacia otros elementos que señalan la implicación del enunciador en el enunciado¹⁰, y que están, por tanto, más inclinados hacia la modalización, como los evidenciales, topicalizadores, operadores argumentativos, etc.” (Pons Rodríguez 2010a: 531), ha sido más frecuentemente realizada en trabajos cuyo interés radica en la lengua contemporánea, aunque cada vez más está siendo objeto de dedicación por parte de los analistas del discurso histórico y por algunos lingüistas que estudian la configuración discursiva en una lengua tradicionalmente considerada “muerta” como es el latín (cf. Kroon 1995, 1998, 2009; Risselada 1994, 1998).

A pesar de los numerosos intentos de definición y clasificación de estas unidades, lo cierto es que no hay consenso sobre cuál es su naturaleza gramatical, cómo actúan sintácticamente, qué funciones concretas adquieren en el discurso, etc. En este sentido, no forman en absoluto un grupo delimitado de unidades. Según Cano Aguilar (2003: 110), “[l]o único que parece unir[a]s es la función que desempeñan, de forma exclusiva o en compañía de otra u otras, en el discurso: engarzar las secuencias del enun-

⁷ Para una clasificación y comentario crítico de las diferentes definiciones dadas a los marcadores, cf. Pons Bordería (1998: 40-47).

⁸ Cf. también Martín Zorraquino (1998: 26-27).

⁹ La naturaleza cohesiva de los marcadores ha sido destacada por numerosos estudiosos: “En la actualidad es frecuente que los marcadores discursivos sean ubicados dentro de los elementos que trabajan dentro del texto al servicio de la deixis discursiva” (Pons Rodríguez 2010a: 536); “constituyen uno de los medios de *cohesión*, es decir, de ligazón entre los miembros del texto. Estamos, pues, ante relacionantes, nexos, conectores, pero que no coinciden con las conjunciones tradicionales” (Fuentes 1993: 71); etc. Efectivamente, su origen como formas de conexión se basa con frecuencia en procedimientos de foricidad, como indica Cano Aguilar (1996-1997: 301) a propósito de los conectores ilativos que estudia en las obras alfonsíes. El criterio de conectividad ha sido tenido en cuenta, asimismo, con relativa normalidad en la lingüística anglosajona desde Schiffirin (1987). Por ejemplo, para Fraser (1990), la unidad interactiva *‘know*, que Schiffirin (1987: 267 y ss.) incluía entre sus marcadores, no tiene cabida dentro de la clase que él denomina *discourse markers* (pp. 386-387), sino que se cita entre los que llama *parallel pragmatic markers*, elementos que expresan la solidaridad del hablante pero que no tienen naturaleza relacional o conectiva.

¹⁰ Bustos (2000: 79) también alude a esta característica propia de los marcadores.

ciado, y en algún caso de la enunciación, añadir argumentos, en ocasiones indicando su fuerza mutua respectiva, introducir objeciones, justificar la vinculación lógica y secuencial de hechos o argumentos, ordenar las partes del discurso, o volver sobre lo ya dicho...”.

No obstante, la imposibilidad de acuerdo en torno a su estatus gramatical y el aparente caos del grupo en el que suelen estudiarse unidades de naturaleza muy diversa no han impedido que autores como Fraser (1988: 32) o Traugott (1997: 5) afirmen con seguridad que los marcadores forman parte de la gramática nuclear de las lenguas¹¹. Si esto es así, habría que analizar y describir el funcionamiento de estas unidades al lado de otros elementos tradicionalmente incluidos en las gramáticas, elementos que pueden tener una función primordialmente pragmática o no (por ejemplo, adverbios –y no solo de modalidad–, enlaces conjuntivos, etc.) e integrarlos en el estudio global de la construcción del texto (ya funcionen como conectores o como operadores¹²). Por supuesto, la acuciante necesidad sentida por la mayoría de los lingüistas de incorporar el estudio de los marcadores a la descripción¹³ de la lengua no significa que dichos elementos constituyan una clase de palabras, al menos no como la clase “sustantivos”, “pronombres” o “determinantes”, y sí más bien cercana a la de los “adverbios”, en el sentido de que, si, como ha sido percibido por nume-

¹¹ No quiero decir con esto que los marcadores sean considerados actualmente elementos extragramaticales, pero sí que, para su inclusión en el análisis propiamente gramatical, ha debido ampliarse la noción de gramática tradicional, incluyendo en ella la consideración de funciones pragmáticas y discursivas. Así, Company (2004: 64) critica la etiqueta de pragmatización aplicada a la evolución de determinados marcadores discursivos alegando su escasa oportunidad “porque parece sugerir que en la gramática no hay pragmática, y sí la hay”. Por su parte, Octavio de Toledo (2001-2002: 62-63) considera también que “[l]os marcadores [...] son parte de la misma gramática que los auxiliares, los cuantificadores o el artículo, y su evolución cae por lo tanto dentro del ámbito de la gramaticalización, aunque, siendo su funcionamiento gramatical distinto del de otras piezas funcionales, no es de esperar que su evolución presente los mismos síntomas formales”; es decir, se hace necesaria una concepción más abarcadora de la gramática, ya que, en opinión del autor, “en la arquitectura funcional de una lengua participan una gramática básica, una configuración sintáctica y una interpretación discursiva” (n. 31), de manera que “la GB [gramática básica] no equivale a la gramática de la lengua, sino que esta la integra el conjunto de relaciones y restricciones que se dan en la GB y en la sintaxis, y que las operaciones que se dan en la sintaxis están sujetas a interpretación discursiva, de tal manera que la gramática orienta la interpretación discursiva y esta, a su vez, puede modelar la gramática” (*ibid.*).

¹² Para la distinción *conector/operador*, nos basamos en la separación que establece Catalina Fuentes (2009: 12-13).

¹³ En este sentido, es sintomático que la *Gramática Descriptiva de la Lengua Española* de Bosque y Demonte (1999) dedique un capítulo específico (cf. Martín Zorraquino y Portolés 1999) a los marcadores del discurso, mientras que la *Nueva Gramática de la Lengua Española* (NGLE 2009), en la necesidad de ofrecer un panorama más rígido en lo que se refiere a las categorías gramaticales dada su orientación prescriptiva, no incluye un apartado concreto en el que estudie estas unidades; sin embargo, los redactores, conscientes de que sería un error no incorporarlas a la gramática, se ven obligados a estudiarlas aunque sea de manera poco sistemática en diferentes clases de palabras y funciones que contemplan, y así se pueden rastrear en el capítulo dedicado a los adverbios (2285-2394), las funciones informativas (2963-3036, donde también se habla de adverbios) o la negación (3631-3715, *idem*), además de, puntualmente, en otras funciones en las que se refieren a procedimientos propios de la enunciación.

rosos autores, la clase de los adverbios se ha convertido en un verdadero “cajón de sastre” donde meter muchas unidades sintácticas que, sin ser propiamente *adverbiales* en el sentido etimológico, no cuadran bien dentro de cualquier otra categoría gramatical pero tienen en común el funcionar en el nivel sintagmático u oracional, la clase de los marcadores, cada vez más, se está especializando como un albergue lingüístico donde acoger a la mayoría de las unidades discursivas con funciones muy diversas en el universo textual pero que tienen en común el funcionar en el nivel del enunciado, pero sin función sintáctica específica dentro de él, o en el nivel de la enunciación.

En mi opinión, el debate sobre si los marcadores del discurso son o no una clase de palabras carece por el momento de sentido fundamentalmente por dos razones: primero, porque no está muy claro aún qué son los *marcadores discursivos*¹⁴ y, sobre todo, qué funciones desempeñan en el texto; y, segundo, y quizá más importante, porque tampoco hay un acuerdo absoluto sobre qué es una *clase de palabras* y sobre cómo establecer las clases sin deslindar, en la medida de lo posible, los rasgos formales y funcionales que las caracterizan. En este sentido, hasta que no se establezca la delimitación definitiva de los conectores y operadores del discurso (si es que es posible) y se sistematicen sus funciones, parece claro que, como ya intuyó Schiffrin (1987), los marcadores no constituyen un conjunto cerrado de unidades¹⁵. Es más, si tenemos en cuenta la perspectiva diacrónica, que aquí nos interesa especialmente, nos daremos cuenta de que pretender la homogeneidad en este campo es prácticamente imposible, pues, tal como afirma Cano Aguilar (2003: 310), “el análisis histórico, aparte de suministrar datos imprescindibles para conocer la formación e historia de tales unidades, proporciona además argumentos que refuerzan la idea de que estas unidades son irreductibles a una categoría”. Con todo, el problema de la taxonomía no debería obsesionar a los lingüistas hasta el punto de que se vean cegados por la imposibilidad de reducir a una categoría un grupo más o menos heterogéneo de elementos. La proliferación de estudios sobre las unidades que establecen relación entre las partes del discurso o producen inferencias dentro del enunciado mismo ha hecho que, en gran parte de los casos, el interés se haya centrado sobre determi-

¹⁴ Afortunadamente, como indican Borreguero y López Serena (2011), sí puede decirse ya lo que no son, pues se ha superado “la consideración inicial de estas unidades como elementos asistemáticos o extrasistemáticos –llamados, de acuerdo con esto, muletillas, expletivos o palabras vacías–”. Cf. al respecto Cortés (1991).

¹⁵ Schroup (1999: 236) dice que “[i]f defined grammatically, the DM [*discourse markers*] class must be regarded as more or less open”, y Fuentes (2001: 346) se pronuncia también en este sentido: “Para hablar de marcador discursivo habría que justificar que ese inventario tan amplio y heterogéneo de unidades tiene una función única, cosa que no creemos que haya aclarado ninguno de los autores que lo han defendido. Lo único que tienen en común es su ‘especial estatus’ o su ‘ámbito extraoracional’. Pero cubren muchas funciones, diversas y delimitadas, y hay otros elementos extraoracionales, como los parentéticos, que no están ahí”.

nadas partículas y en su evolución, sobre todo en lo que se refiere al estudio histórico. Por eso, en el siguiente apartado voy a defender una perspectiva más abarcadora de dicho estudio que se centre en la consideración de las funciones discursivas, también mutables a tenor de la diacronía, que podemos encontrar en los textos y cómo esas funciones están representadas por conectores, operadores y otras unidades enunciativas que pueden ser estudiadas siguiendo un mismo criterio metodológico.

3. LOS MD: UN PROBLEMA DE PERSPECTIVA

Por supuesto, el problema de la taxonomía al que nos acabamos de referir es importante en el sentido de que los diferentes lingüistas que se han ocupado de los marcadores se han visto obligados a delimitar su campo de estudio mediante la inclusión de determinados elementos y la exclusión de otros. Por ejemplo, en la clasificación de Fraser (1990, 1999), unidades como *francamente*, *obviamente*, *incluso*, *solo*, etc., no serían marcadores sino simplemente partículas modales, pues el autor, siguiendo la línea de los estudios sobre marcadores desde los 80, entiende que los marcadores son integrantes de la función tradicionalmente denominada *discourse coherence*. En este sentido, habría que preguntarse por la rentabilidad del esfuerzo en averiguar qué es un marcador, y más bien tendríamos que llegar a la conclusión de que es más importante intentar descubrir qué funciones desempeña un marcador/conector, como se quiera llamar, en un determinado texto.

Claro que el establecimiento de funciones para los marcadores en las diferentes clasificaciones hechas hasta el momento no ha sido obviado por los lingüistas. Sin embargo, la mayoría de ellos se ha centrado “en un aparato formal y funcional constituido *ad hoc* para dar cuenta exclusivamente de la actuación de los marcadores” (López Serena 2011), de manera que una clasificación más general de las funciones discursivas que podemos hallar en los textos ha podido verse resentida. Por eso, recientemente, algunos autores (Pons Bordería 2006; Fischer 2006; López Serena y Borreguero 2010) han defendido la necesidad de contemplar el estudio de los marcadores desde una perspectiva funcional más abarcadora, “fundamentada en una concepción global de la comunicación lingüística”, de manera que sea “posible proceder, posteriormente, desde las funciones hacia las formas que desempeñen dichas funciones, para cuya realización los marcadores no suelen actuar, sobre todo por lo que respecta a la lengua hablada, en exclusiva, sino de manera conjunta y solidaria con mecanismos no necesariamente morfoléxicos” (López Serena 2011). Como se deduce de las palabras que acabo de citar, la adopción de una perspectiva onomasiológica tiene un gran interés para estudiar las manifestaciones lin-

güísticas orales, pero, igualmente, este enfoque funcional puede aportar numerosas ventajas al análisis histórico del discurso, como intentaré demostrar en las siguientes páginas.

La perspectiva semasiológica que se aplica frecuentemente en el estudio de los marcadores¹⁶, en parte, como ocurre en lingüística histórica, favorecida por la existencia de corpus electrónicos¹⁷, no es, claro está, desdeñable ni inútil. Probablemente, el estudio de las unidades que aquí nos ocupan desde dicha perspectiva supone una tarea previa y casi siempre complementaria¹⁸. Tal vez en la óptica global de las funciones que se dan en el texto por la que aquí abogo sería muy difícil tratar de determinados marcadores si con anterioridad estos no han sido analizados en concreto en lo que respecta a su significado, sus posibilidades de distribución en el discurso, su frecuencia de uso, etc. Pero si el objetivo que persigue el lingüista (y, cómo no, el filólogo) es el de analizar los textos, el estudio de los marcadores tiene sentido en última instancia considerado desde una perspectiva onomasiológica más incluyente, puesto que es desde esta perspectiva desde la que se debe entender la construcción global del texto.

A menudo, la predilección (inevitable sin duda desde el momento en que se convierte en una moda de los estudios filológicos) que en época reciente ha sentido la lingüística histórica por el descubrimiento, evolución y análisis discursivo de los llamados conectores (cf. supra, “Introducción”) ha hecho perder de vista otros muchos elementos que también funcionan en el discurso como cohesionadores del texto. Es más, si nos centráramos solo en los conectores como elementos de cohesión, podríamos llegar a la falsa conclusión de que en determinadas épocas de nuestra lengua los procedimientos cohesivos entre las distintas partes del discurso eran escasos¹⁹. Sin embargo, como indica Rafael Cano:

¹⁶ Así también lo cree Pons Rodríguez (2010b: n. 3): “No podemos estudiar los marcadores de manera inmanente, lineal y sin anclarlos en hechos pragmáticos como el desarrollo o la reconfiguración de direcciones discursivas, el espacio comunicativo de los hablantes, etc. Además, la perspectiva lexicista que solemos aplicar para construir la investigación de los marcadores en diacronía [...] no nos puede hacer olvidar el estudio de los textos en que se emplea una forma y los elementos que rodean contextualmente a tales textos”.

¹⁷ Cf. al respecto el “prejuicio de corpus” del que habla la profesora Pons Rodríguez (2010b) en su artículo.

¹⁸ En este sentido, es indudable la utilidad de repertorios lexicográficos centrados en marcadores, como los de Santos Río (2003); Briz, Pons y Portolés (2008), o Fuentes (2009).

¹⁹ En referencia a la lengua española contemporánea, Catalina Fuentes (2001: 335) también parece abogar por la adopción de una perspectiva onomasiológica: “Si el objetivo es crear una clase de elementos supraoracionales, creo que [*la de MD*] no los abarca todos. Hay estructuras que también habría que tener en cuenta, como las parentéticas, el discurso directo, la relación deíctica y las isotopías en todos los planos, que son medios de cohesión pero no utilizan unos elementos específicos, sino una recurrencia a lo largo del texto, sea fónica, sintáctica, o semántica. Si la objeción es que están gramaticalizados y especializados en esa función, también lo están todos los “adverbios de modalidad” y ellos [Portolés y Zorraquino 1999] solo han escogido algunos como marcadores. Y también algunos enfatizadores de la información. Por tanto, no veo rigor en la terminología ni necesidad de hiperónimo. Es preferible ver los distintos planos supraoracionales y describir las interrelaciones entre ellos”.

El empleo de conectores es uno más de los mecanismos de la conexión, pero ni siquiera parece seguro que sea el central. Aquí, lo central es la función como tal²⁰; los instrumentos empleados son importantes, sí, pero secundarios, y no se ha de partir de ellos para hablar de la cohesión discursiva, sino al revés. Esto es mucho más visible en el análisis histórico: si nos atuviéramos a los conectores solamente, sería muy difícil hablar de la conexión, de la cohesión y de la coherencia en los primitivos documentos notariales o en los textos alfonsíes. Y, sin embargo, se trata de textos con una obsesión permanente por la ilación discursiva: pero en ellos la ilación, la trabazón, se lograba por medios muy diversos, entre los que los conectores ocupaban un lugar muy poco destacado, frente a, por ejemplo, la anáfora pronominal o el uso de conjunciones (Cano Aguilar 2003: 310-311).

A la vez que una perspectiva semasiológica centrada en los elementos cohesivos de un texto mermaría cuantitativamente el análisis de los procedimientos lingüísticos (y extralingüísticos, aunque esto es más difícil de comprobar en el estudio histórico) que dan cohesión al discurso, tal perspectiva también es susceptible de pasar por alto recursos lingüísticos diferentes que responden a semejantes o idénticas funciones relacionadas con la argumentación, la modalidad, la enunciación o la información que se dan en un texto. Así, por ejemplo, enunciados en los que la negación adquiere un papel discursivo fundamental como en las construcciones de *no solo... sino* o de *¿Quién sino él...?*²¹, en las que la modalidad enunciativa también produce un efecto interpretativo relevante, solo podrían ser bien descritos en sus valores discursivos si se integran en un modelo de análisis abarcador que sea capaz de contemplar diferentes funciones que se subsuman a su vez en unas pocas macrofunciones que podamos, en principio, sistematizar.

²⁰ En esta formulación vemos cómo también el profesor Cano aboga por la perspectiva onomasiológica en el estudio de los marcadores. Con anterioridad, Antonio Narbona (1989: 119-120) ya había subrayado la necesidad de un análisis funcionalista en el estudio de las relaciones sintácticas que se dan en los enunciados, al quejarse de que “el análisis se reduce prácticamente a las *conjunciones* o *locuciones conjuntivas*, a las que parece asignárseles el papel de significante del complejo significado relacionante de los miembros del periodo”, de manera que muchos tratadistas, prosigue, hacen “caso omiso (o casi) de otros hechos igualmente decisivos, [...] ignorando que tal conexión no es aislable de la vinculación que se establece entre las dos partes y la totalidad, relación propiamente funcional que es, en definitiva, lo que importa descubrir y explicar”. Y más adelante: “No sorprende, por ello, que, una vez que se constata que la presencia de una determinada conjunción no tiene por qué corresponderse necesariamente con un concreto significado y que, por otra parte, la ‘condición’ o la ‘concesividad’, por ejemplo, son sentidos que pueden obtenerse sin el concurso de ninguna en particular, el examen pasa a ser abiertamente *onomasiológico*, es decir, se encamina a averiguar las maneras de expresarlos, con independencia del esquema constitutivo y funcional que las secuencias ofrezcan”.

²¹ En efecto, un enunciado como *No solo quiero un coche sino que lo necesito* podría ponerse fácilmente en relación con otro de este tipo: *Quiero un coche. Es más, lo necesito*. Igualmente, es lícito analizar desde un mismo encuadre funcional los siguientes ejemplos: *¿Quién sino Álvaro ha podido hacerlo?/Solo Álvaro ha podido hacerlo*. Por supuesto hay diferencias en el uso de unas u otras estructuras, muchas veces inducidas por el contexto, el tipo textual, el registro, etc. Creo que la perspectiva onomasiológica que defiendo aquí podría contribuir a explicar más satisfactoriamente esas diferencias, que solventarían por lo demás el “prejuicio de la variación” del que habla Lola Pons (2010b), y además sería capaz de establecer distinciones pertinentes dentro de un cuadro más o menos homogéneo de macrofunciones.

Dicho modelo de análisis, que queremos aplicar en el presente estudio a textos del pasado, es el que recientemente han formulado las profesoras López Serena y Borreguero (2010; Borreguero y López Serena 2011; cf. también López Serena 2011), basando su propuesta en los trabajos de Bazzannella (1994, 1995, 2005 y 2006), aunque con notables diferencias; en la clasificación funcional de Martín Zorraquino y Portolés (1999); en la organización de funciones que propone Pons Bordería (2006), y, más concretamente, en la distribución de conectores que establece Briz (1998). La clasificación de funciones que elaboran estas autoras no pretende dilucidar solamente, como apunté más arriba, los mecanismos discursivos que entran en juego en la conversación coloquial, sino que puede aplicarse a cualquier manifestación lingüística que se dé en la totalidad del espectro variacional. Así pues, su propuesta nos servirá para describir y analizar dichos mecanismos en textos escritos y, lo que interesa más en esta contribución, en textos escritos en otras épocas. Las macrofunciones que distinguen López Serena y Borreguero son la interaccional, la metadiscursiva y la cognitiva:

La *función interaccional* (relacionada, con el carácter dialógico de la comunicación coloquial) tiene como principal objetivo señalar los movimientos conversacionales de los interlocutores: toma, mantenimiento o cesión del turno de palabra, control de la recepción tanto colaborativo y corroborativo de lo afirmado por el hablante, como si es reactivo (manifestación de desacuerdo o petición de aclaración).

La *función metadiscursiva* concierne al proceso mismo de expresión lingüística de los contenidos que configuran el discurso. En este proceso se pueden distinguir dos tipos de mecanismos cohesivos: a) los que tienen como objetivo la estructuración y ordenación del discurso con el fin de facilitar al receptor su procesamiento, y b) los que se refieren a la formulación misma de los elementos que materializan lingüísticamente el contenido textual y que manifiestan la relación entre el hablante y su propio discurso (soporte en la planificación sobre la marcha del discurso, cambios en la planificación, reformulaciones, etc.).

La *función cognitiva*, que es la macrofunción más compleja, engloba todas aquellas funciones adoptadas por los marcadores y otros mecanismos formales como las figuras de sintaxis o la entonación para poner de relieve las relaciones que se establecen a) entre los contenidos proposicionales de los diversos elementos oracionales e interoracionales del texto, es decir, el tipo de relación lógica que existe entre ellos y su papel en la construcción argumentativa del discurso (función lógico-argumentativa); b) entre los contenidos expresados lingüísticamente en el discurso y los conocimientos compartidos o presupuestos por los participantes en la comunicación, que le permiten al destinatario poner en marcha distintos mecanismos cognitivos de deducción e inducción (función inferencial); c) entre el contenido textual y la actitud del hablante, que expresa desde su grado de compromiso con la veracidad de cuanto afirma hasta su disposición afectiva o emotiva respecto de lo dicho (función modalizadora de la enunciación) (*apud* López Serena 2011²², nn. 9, 10 y 11).

²² La formulación primera de esta clasificación propuesta por las autoras se encuentra en López Serena y Borreguero (2010: 440-442). Tomamos esta versión de López Serena 2011 por su carácter más sintético y adecuado a los presupuestos y límites de este trabajo.

Hay que tener en cuenta que estas funciones, como hemos advertido previamente, son en realidad macrofunciones discursivas que se pueden subdividir en otras funciones más concretas. Por otro lado, elementos sintácticos que funcionan en el nivel oracional, pero que también cumplen un papel importante en el universo textual, quizá no puedan incluirse en ninguna de esas macrofunciones, pero sí se pueden estudiar al lado de otros elementos que sí encajan dentro de ese esquema, pues, aunque no representan una manifestación concreta de alguna macrofunción, sí cumplen funciones específicas que deben ser explicadas si queremos aplicar con buen criterio la perspectiva onomasiológica por la que estamos abogando. De igual modo, a la vez que las funciones, en ocasiones será útil describir qué alcance (predicativo, interoracional, discursivo) y qué valores semánticos tienen los elementos a los que nos estemos refiriendo (cf. Borreguero y López Serena 2011).

4. LA APLICACIÓN DEL ENFOQUE ONOMASIOLOGICO EN TEXTOS DEL PASADO: EL CASO DE LAS TRADUCCIONES CASTELLANAS DE LOS COLOQUIOS DE ÉRASMO EN EL SIGLO XVI

Como queda dicho, el estudio de carácter lexicocentrista que mayoritariamente ha venido haciéndose en lingüística histórica ha propiciado un gran número de trabajos (cf. Pons Rodríguez 2010a: 578-597), sin duda de gran valor, que han dedicado una especial atención a la evolución semántica y discursiva de ciertos conectores ya sea a lo largo de la Edad Media o en los Siglos de Oro del español²³. Un estudio del surgimiento, evolución y especialización de las unidades, oracionales o supraoracionales, que funcionan como mecanismos discursivos en el seno de los textos que nos han llegado de las distintas épocas del español requeriría el análisis de numerosas manifestaciones lingüísticas desde la Edad Media hasta nuestros días, así como de muy distintas tradiciones discursivas. Afortunadamente, esta tarea empieza a ser cada vez más usual en los analistas del discurso, que también se decantan por la descripción e interpretación lingüística de textos de otras épocas. Si tenemos en cuenta la visión saussureana de la diacronía como una sucesión de sincronías²⁴, esperamos que los análisis de textos de diferentes épocas, una vez que contemos con un número con-

²³ Cf. n. 4.

²⁴ Tal visión de la diacronía solo sirve, sin embargo, al lingüista como metodología para el análisis y no refleja en realidad la dimensión histórica de una lengua, pues, como cree el profesor Cano Aguilar (comunicación personal), “una lengua histórica es siempre un complejo entrecruzar de permanencias y cambios y variaciones. No hay en la realidad lingüística nada como períodos entre los cuales ocurren cosas; siempre están ocurriendo cosas”. En este sentido, los cortes cronológicos que se suelen establecer para describir la historia de las lenguas son casi siempre artificiosos y a menudo discutibles.

siderable de ellos, puedan ofrecernos datos valiosos para rastrear la evolución de los elementos que entran en juego en la configuración discursiva de los textos a lo largo de todo ese gran intervalo temporal que cubre la presencia del castellano en la historia de nuestra cultura.

La atención cada vez más recurrente que los lingüistas dedican al estudio histórico de los marcadores del discurso no ha hecho olvidar, sin embargo, los problemas que conlleva su análisis sobre textos del pasado. Entre ellos, podemos mencionar la dificultad de delimitación entre los niveles oracional y supraoracional en la consideración concreta de determinadas unidades²⁵, la imposibilidad de conocer la interpretación que hacen los propios hablantes de su lengua²⁶, el olvido relativamente frecuente de las peculiaridades diatópicas, diastráticas y diafásicas que a veces se dejan traslucir en los textos²⁷ o la escasa fiabilidad que proporcionan los manuscritos o impresos de siglos anteriores en lo que respecta a la plasmación gráfica de las mayúsculas y minúsculas, las pausas, etc.²⁸.

Aparte de estos escollos difíciles de vencer, nos encontramos con el problema de la perspectiva y la necesidad de superar el enfoque semasiológico que ha predominado en el estudio histórico de los marcadores. Por supuesto, el carácter problemático que he atribuido al lexicocentrismo imperante en el análisis de estas unidades me sirve solo como criterio expositivo para el presente artículo, pues entiendo que es conveniente adoptar una visión más abarcadora de las funciones discursivas que se dan en un texto; pero, a fuerza de resultar redundante, quiero insistir en la legitimidad, utilidad y necesidad de estudiar los marcadores como unidades en sí: solo de esta manera es posible saber cuál es el valor pragmático y discursivo de un marcador concreto, de manera que, posteriormente, este pueda ser caracterizado como representante o integrante de una determinada función. En esta contribución, no obstante, y a propósito de algunos ejemplos de un corpus basado en diferentes traducciones castellanas de los *Coloquios* de Erasmo de Róterdam hechas entre 1527 y 1529, pretendo reflejar la rentabilidad de la adopción de la clasificación funcional de López Serena y Borreguero para explicar ciertos aspectos de la configuración discursiva de las traducciones de los *Coloquios*, concretamente en lo que respecta a la presencia de determinados marcadores en ellas, ya

²⁵ Cf. Eberenz (1994: 17), Cano Aguilar (2004: 144) y Fernández Alcaide (2009: 131).

²⁶ Excepción hecha de los juicios que nos han llegado de algunos gramáticos y lexicógrafos. Sobre esta dificultad en el latín ya advierte Kroon (1998: 220-221).

²⁷ Cf. a este respecto el "prejuicio de la variación" del que habla Lola Pons (2010b).

²⁸ Si hubiera un criterio homogéneo en el empleo de la puntuación en los textos antiguos, podríamos suponer la existencia de una conciencia lingüística sobre la representación de las pausas que pudiera llevarnos a postular hipótesis más consistentes relacionadas con los criterios fonológicos que tan importantes son para la delimitación de los marcadores (cf. Pons Bordería 1998: 48). Por desgracia, la homogeneidad ortográfica en textos precedentes a la actividad normativa de la Academia, no solo en escritores e impresores de diferente época y lugar, sino también en distintas partes de un mismo documento, es en muchos casos inexistente.

sea como añadidos debidos a los propios intérpretes o como traducción directa de las partículas latinas²⁹.

1. Para entender muchos de los rasgos discursivos propios de las traducciones de los *Coloquios* de Erasmo habría que tener en cuenta numerosas características textuales frecuentes en las obras literarias de la época, y más concretamente en las pertenecientes al género dialógico. Entre ellas cabría hablar de la presencia de los interlocutores, que dan lugar a un tipo de discurso abundante en vocativos, inserción del otro dialogante en la producción comunicativa, utilización de marcas fóricas referentes al entorno extralingüístico y a los propios turnos conversacionales, etc. Tales rasgos han sido definidos por numerosos estudiosos como aspectos reveladores de la oralidad en la escritura, aspectos que, según cabe esperar, son importantes para recrear la ficción conversacional que se construye en el diálogo literario³⁰. Ello es debido, como decimos, a que el diálogo presupone la presencia de al menos dos interlocutores que interactúan a través de turnos conversacionales, en los que abundan, entre otras unidades prototípicas, los marcadores que comentan la enunciación del otro con diferentes propósitos comunicativos. Estos marcadores pueden considerarse, en efecto, un elemento enormemente productivo al servicio de la ficción conversacional, y de hecho solo los encontraremos en el ámbito interactivo o en el monológico que simula ese ámbito³¹.

Sobre los marcadores de modalidad deóntica, dicen Martín Zorraquino y Portolés (1999: 4161) que “indican si el hablante acepta, admite (consiente en), etc. –o no– lo que se infiere del fragmento de discurso al que remiten”. Como vemos en el siguiente ejemplo, tal es la función que cumplen *bien* y *sí*, que, en el contexto, son coincidentes en el alcance enunciativo y en el cometido discursivo:

- (1) E. (...) *Nos satis cultae sumus, si placeamus vni marito.*
 X. *Sed interim ille bonus vir (...) strenue prodigit dotem* [Um, lín.25-27, p.302].
 E. (...) mas nosotras harto estamos ataviadas, si agradamos a solos nuestros maridos.
 X. **Bien**; mas aquel mi buen hombre (...) gasta muy largamente el dote [Bat.479, lín.16-20, p.CVIr].
 E. (...) mas entre nosotras harto es cada vna hermosa si agrada a su marido.
Si; mas (...) ha desperdiciado muy buena hazienda [Bat.478, lín.7-11, p.g3r].

²⁹ Las diferentes soluciones que en las traducciones adoptan las tradicionalmente llamadas *partículas* en latín podrían ser bien rastreadas y analizadas utilizando el corpus digital de Biblia Medieval sobre el que trabajan Andrés Enrique-Arias (2008a) y su equipo y que ya ha dado pie a interesantes trabajos basados en la traducción de determinadas unidades del latín (cf., por ejemplo, Enrique-Arias 2008b).

³⁰ En referencia a la oralidad en lo escrito y la ficción conversacional en la literatura, cf., entre otros, Gil (1987), Vian Herrero (1988), Narbona (1993, 2001, 2005), Oesterreicher (1996, 2004), Bustos (1996, 2001a, 2001b), Gauger (1996), Iglesias Recuero (1998), Ariza Viguera (2004), López Serena (2007a), Pons Rodríguez (2007), Leal (2008) y Del Rey (2011).

³¹ Cf. Kroon (1998: 212-213).

A continuación reproducimos otros ejemplos con los que intentamos reflejar que los segmentos señalados en negrita cumplen exactamente la misma función que los marcadores señalados en el ejemplo (1):

- (2) *At quo pacto attemperares te ei, qui domi non esset, aut esset ebrius?* [Um, lín.139-40, p.305].
Todo esso esta bien; pero como pudieras tu conformarte con marido *que* o nunca esta en casa, o siempre esta beodo? [Bat.479, lín.1-3, p.g6r].
- (3) *Sed tamen ubi res in eum statum deuenit (...)* [Um, lín.61, p.303].
Muy bien me parece. Mas quando la cosa viene en tal estado (...) ³² [Bat.474, lín.25-26, p.a3v].
Bien es esso; pero quando viene en sazón (...) [Bat.478, lín.22-23, p.g3v].
- (4) *PA. (...) Ad id maxime videbatur appositae negociatio. Quibus ex rebus nascitur et prudentia.*
PO. Sed misera videlicet quae plerunque magnis malis sit illis emenda [Sen, lín.253-255, p.382].
 PA. (...) porque con estas cosas se haze el hombre prudente y experimentado, y parecíame la mercadería vn grandissimo aparejo para todo esto.
 PO. **Uerdad es que alguna esperiencia alcançan**, pero es miserable pues la compran con tantos trabajos y males [Bat.478, lín.6-11, p.y1r].
- (5) *G. Nec mirum, si parcus sum rei, ut multo preciosissimae, ita irrecuperabilis*
E. At Hesiodus docet (...) [Pp, lín.1605-07, p.174].
 G. No te marauilles si soy escasso de cosa tan preciosa y *que* despues de perdida no se puede recobrar.
 E. **Assi es**; mas Hesiodo poeta griego enseña (...) [Bat.478, lín.24-26, p.e4v].
- (6) *P. Quum agerem Lutetiae, quam non abhorruerim ab Epicuro nostis ipsi.*
E. Sane meminimus, sed arbitrabamur te mores eos vna cum adolescentia Lutetiae relicturum [Sen, lín.192-195, p.381].
 P. Quanto a lo primero, no es menester deziros *quan* dado era yo a los vicios y deleytes, quando estauamos en Paris, pues os lo sabeys muy bien.
 E. **Assi es verdad**, y no estamos de ello olvidados, pero pensauamos que como dexas en paris la edad de mançebo, assi auias de dexar las costumbres [Bat.478, lín.3-9, p.x7v].

En estos ejemplos no podemos hablar propiamente de marcadores discursivos, pues todos ellos constituyen una estructura predicativa notable, aunque con ciertas limitaciones distribucionales en algunos casos³³. Sin embargo, si nos fijamos, todos los enunciados cumplen el mismo papel discursivo: el de evitar un conflicto dialéctico con el interlocutor, ya que a partir de ellos son aceptadas las premisas que este presenta como evidentes pero, posteriormente, también se introduce, mediante un nexo adversativo, una nueva perspectiva que se corresponde con la verdadera opinión del enunciador; la réplica, así pues, queda cortésmente disfrazada.

³² Aquí la forma de cohesión con la secuencia previa está sustentada en la elipsis.

³³ Por ejemplo, en (5) y (6) el adverbio de modo ocupa la primera posición y su función discursiva como elemento de aceptación del enunciado previo desaparecería si se intercambiaran las unidades predicativas en (5): *Es assi*, mientras que en (6) una distribución diferente produciría un enunciado agramatical: **Verdad es assi*. Esta fijación en el enunciado es una de las características típicas de la subjetivización que lleva a la creación de marcadores del discurso (cf. Company 2004).

Dada esta característica discursiva compartida por todos los ejemplos, sería poco recomendable metodológicamente separarlos en diferentes niveles de análisis, e incluso podríamos correr el riesgo de pasar por alto la mayoría de ellos si nuestro único propósito fuera el de estudiar los marcadores del texto. De acuerdo con la perspectiva funcional que quiero adoptar en este trabajo, sería más rentable y descriptivamente coherente organizar dichos ejemplos dentro de una misma macrofunción, la interaccional, y analizarlos de acuerdo con las funciones concretas que cumplen en su contexto, todas ellas relacionadas con estrategias colaborativas aunque no corroborativas en última instancia (debido a los segmentos contraargumentativos que siguen en todos los ejemplos a los nexos adversativos), en una forma de expresión de cortesía verbal hacia el interlocutor. Como se comprobará, tales funciones no solo están desempeñadas por marcadores (1), sino también por enunciados valorativos que incluyen pronombres de referencia anafórica reveladores de la cohesión discursiva (2, 3), unidades denotadoras de recurrencia léxica (4³⁴) o adverbios con valor deíctico (5, 6). La variedad de unidades no impide, sin embargo, que la función que las relaciona sea homogénea.

2. La traducción de determinados marcadores discursivos que encontramos en el texto latino también ofrece soluciones diferentes según los traductores, soluciones que, aun no produciendo otros marcadores directamente vertidos al castellano, cumplen similar o idéntica función discursiva en el contexto enunciativo. Fijémonos, por ejemplo, en las soluciones dadas por los diferentes intérpretes del *Uxor mempsigamos* a la partícula modal *fortasse*.

(7) *Fortasse noua vestis commendat formam* [Um, lín8, p.301].

Por ventura el nuevo vestido haze parecer mas hermoso el gesto [Bat.474, lín.7-8, p.a3r; Bat.479, lín.13-15, p. CVv].

La nueva ropa **creo que** me ha hecho **parecer**te mejor [Bat.478, lín.12-13, p.g2v].

El adverbio *fortasse* ‘quizá(s)’ es traducido por un operador modal que recoge el valor semántico y discursivo de la partícula latina en [Bat.474] y [Bat.479]. Por el contrario, la solución de Virués ha sido la de conservar el significado epistémico que aportaba al enunciado el adverbio latino pero introduciendo en lugar de este el verbo *creer* más el subjuntor *que*, expresión de idéntico valor, y modificando así la estructura sintáctica del texto pero no su función en el discurso, que no es otra que la de expresar la actitud del hablante respecto del grado de compromiso con la verdad de lo dicho, una de las subfunciones que López Serena y Borreguero incluyen dentro de la macrofunción cognitiva del lenguaje.

³⁴ Cf. la figura etimológica a partir de la raíz léxica *experi-*.

3. En el siguiente fragmento que reproducimos, las soluciones que dan los traductores al adverbio latino *deinde*, que, aunque en el texto fuente podríamos entender como unidad que funciona en el nivel oracional, es interpretado como elemento de progresión en el discurso³⁵, también son discrepantes:

- (8) *Deinde quum mihi temulentus ad multam noctem redit domum, diu expectatus, destertit noctem totam, nonnunquam et lectum conuomens, vt ne quid addam* [Um. lín.31-33, p.302].

Demas desto, despues que viene a casa borracho, passada gran parte de la noche. Sobre auerle estado esperando tanto tiempo esta toda la noche roncando, y aun no quiero dezir adelante [Bat.474, lín.32-1, pp.a3r-a3v].

Demas desto, quando viene a casa borracho, passada gran parte de la noche. Sobre auerle estado esperando tanto tiempo esta toda la noche roncando, y aun no quiero dezir adelante [Bat.479, lín.24-2, pp.CVIr-CVIv].

y no le basta esto sino que muchas vezes harto de vino viene a medianoche y ni duerme ni vela lo que della queda, y aun a las vezes lança en la cama lo que ha beuido [Bat.478, lín.15-18, p.g3r].

Las versiones de Morejón y su corrector ([Bat.474] y [Bat.479]) traducen el adverbio *deinde* por el conector aditivo *demas*, aunque no solo (como es de esperar dada la escasa vitalidad de este conector ya en el siglo XVI) sino acompañado³⁶ de un complemento preposicional que incluye un pronombre demostrativo de carácter anafórico. Sin embargo, Virués opta por una traducción con más fuerza argumentativa, pues emplea una estructura de valor contrastivo en la que interviene la conjunción adversativa *sino* precedida de la negación. En los tres casos, las traducciones de *deinde* representan un papel específico dentro de la macrofunción metadiscursiva que definimos más arriba, en el sentido de que las unidades o el enunciado empleados contribuyen a estructurar el discurso que afecta al monólogo del personaje, pero la solución de Virués potencia el peso argumentativo que suele acompañar a la adición en este tipo de movimientos discursivos³⁷, potenciación a la que, sin duda, también contribuye la fuerza

³⁵ En el ejemplo latino, el adverbio *deinde* parece indicar solo posterioridad temporal en la acción, es decir, podríamos traducirlo por 'luego'. De cualquier forma, ya se sabe con qué facilidad los adverbios temporales pueden especializarse como marcadores que aseguran la progresión del discurso (*luego, entonces, después*, etc.).

³⁶ En principio los marcadores no pueden asumir complementos. Sin embargo, "los marcadores *además, encima y aparte* pueden recibir complementos con *de* y, a la vez, permanecer con el mismo significado y la misma posición de inciso" (Martín Zorraquino y Portolés 1999: 4066). *Además* contiene los valores del más antiguo *demás*, marcadores que empiezan a competir ya a partir del siglo XV: "la progresiva rareza en el uso de *demás* como conector presenta graves problemas, al menos dentro de los límites del siglo XV: el actual conector *además*, cuya coincidencia de valores con *demás* lleva a pensar que se trata de dos variantes formales diacrónicamente sucesivas, muestra un carácter general en su uso (en niveles sociolingüísticos y de registro) que contrasta con la restricción en el tipo de textos observable en *demás* (casi exclusivamente limitado a los de carácter jurídico en la segunda mitad de ese siglo)" (Cano Aguilar 2001: 183).

³⁷ Cf. Cano Aguilar (1996-1997: 306).

semántica del verbo *bastar* negado en este contexto. Un análisis basado en exclusiva en el reconocimiento y descripción de los marcadores discursivos habría pasado por alto las concomitancias funcionales entre ejemplos de este tipo.

4. Para finalizar, me referiré a un último caso de divergencia en la traducción de un marcador concreto que aparece en el texto latino. Se trata de la partícula *ergo*, que en latín se utiliza como unidad consecutiva que liga movimientos cognitivos sucesivos. Como se puede comprobar, en el diálogo los movimientos que engarza lógicamente el marcador pueden representar turnos dialógicos diferentes:

- (9) X. *Nunc tranquilla omnia.*
 E. **Ergo** *turbarum nonnihil erat initio?* [Um, lín.91-92, p.303].
 X. Agora todas las cosas estan en paz.
 E. **Luego** algunas turbaciones deuio auer al principio? [Bat.474, lín.21-23, p.a4r].
 X. Agora todo esta en paz.
 E. **Luego** algunas discordias deuio auer al principio? [Bat.479, lín.23-25, p.CVIIv].
 X. Agora si.
 E. **Segun esso** algun [sic] discordia vuo en *tiempos* passados entre vosotros [Bat.478, lín.6-8, p.g4v].

De nuevo vemos cómo Morejón y su corrector presentan una traducción coincidente, en este caso en lo que respecta al marcador *ergo*, pues ambos dan en sus respectivas versiones el conector consecutivo *luego*. Sin embargo, Virués se decanta por emplear un sintagma preposicional que incluye un demostrativo anafórico que vincula el enunciado anterior con el siguiente, manteniendo a la vez intacta la inferencia cognitiva que se introduce en la segunda intervención de acuerdo con el significado deductivo que aporta la preposición *según*. Una vez más, vemos cómo el uso de marcadores no es la única posibilidad de que dispone la lengua para cumplir las mismas funciones discursivas (en este caso, la inferencial que López Serena y Borreguero incluyen dentro de la macrofunción cognitiva), por lo que tal vez, como he querido demostrar, sería más rentable fijarse en las funciones en vez de en la determinada utilización de ciertas unidades para explicar las diferentes relaciones a distintos niveles que encontramos en los textos.

5. CONCLUSIONES

Con esta contribución he querido revisar algunos problemas teóricos y metodológicos que afectan al estudio histórico de los marcadores del discurso. En lo que a ellos respecta,

- a) he defendido la imposibilidad de considerar los marcadores como una clase de palabras, desde el momento en que no sabemos toda-

vía exactamente qué son los marcadores discursivos, pues en este grupo siguen estudiándose unidades muy heterogéneas que tienen en común el no poder ser descritas en el nivel oracional, y, lo que quizá sea más importante, visto que aún no hay consenso acerca de lo que es una “clase de palabras” o una “clase funcional”. Por lo demás, como hemos apuntado, el análisis histórico de estos elementos también avala la dificultad de considerarlos dentro de una categoría cerrada;

- b) he abogado por un cambio de perspectiva en lo que respecta al estudio diacrónico de los marcadores, de manera que sea superado o, en todo caso, ampliado metodológicamente el sesgo lexicocentrista que ha dominado en el análisis de estas unidades, y se consideren dentro de un ámbito de estudio funcional. Más concretamente, me he decantado por asumir la propuesta de las profesoras López Serena y Borreguero (2010; Borreguero y López Serena 2011; López Serena 2011) considerándola útil para nuestro análisis, y
- c) he advertido sobre algunos problemas que, sobre todo desde una perspectiva semasiológica, tendría la clasificación y descripción de los marcadores en textos del pasado. Asimismo, en referencia al corpus seleccionado, y en la convicción de que los resultados obtenidos en el análisis son extensivos a otro tipo de corpus, he señalado, apoyándome en ejemplos concretos, algunas deficiencias que supondría la consideración en exclusiva de marcadores, deficiencias que salen a la luz debido a la existencia de unidades lingüísticas y enunciados completos que cumplen similares o idénticas funciones discursivas y que, por tanto, deben ser estudiados junto a aquellos si queremos dar cuenta exacta de los mecanismos lingüísticos y extralingüísticos (aunque por supuesto esto es más difícil cuando entran en juego documentos escritos en épocas pasadas) que constituyen el universo textual.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARIZA VIGUERA, MANUEL (2004): “Lo oral en lo escrito: el Arcipreste de Talavera”, en Ramón Almela Pérez *et alii* (coords.), *Homenaje al profesor Estanislao Ramón Trives*, vol. I, Murcia: Universidad de Murcia, 103-122.

ASCHENBERG, HEIDI (2003): “*Diskurstraditionen: Orientierungen und Fragestellungen*”, en Heidi Aschenberg y Raymund Wilhelm (eds.), *Romanische Sprachgeschichte und Diskurstraditionen. Akten der gleichnamigen Sektion des XXVII. Deutschen Romanistentags*, Tübingen: Narr, 1-18.

BATAILLON, MARCEL (2007 [1966]): *Erasmus y España*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

BAZZANELLA, CARLA (1994): *Le facce del parlare. Un approccio pragmatico all'italiano parlato*, Florencia: La Nuova Italia.

— (1995): “I segnali discorsivi”, en Lorenzo Renzi, Giampaolo Salvi y Anna Cardinaletti (eds.), *Grande grammatica italiana di consultazione*, Bolonia: Il Mulino, vol. III, 225-257.

— (2005): “Segnali discorsivi e sviluppi conversazionali”, en Federico Albano Leoni y Rosa Giordano (eds.), *Italiano parlato. Analisi di un dialogo*, Nápoles: Liguori, 934-963.

— (2006): “Discourse Markers in Italian: towards a ‘compositional’ meaning”, en Kerstin Fischer (ed.), 504-524.

BORREGUERO ZULOAGA, MARGARITA Y ARACELI LÓPEZ SERENA (2011): “Marcadores discursivos, valores semánticos y articulación informativa del texto: el peligro del enfoque lexicocentrista”, en Heidi Aschenberg y Óscar Loureda Lamas (eds.), *Marcadores del discurso y lingüística contrastiva*, Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert (en prensa).

BOSQUE, IGNACIO Y VIOLETA DEMONTE (Dir.) (1999): *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, Madrid: Espasa-Calpe.

BRIZ, ANTONIO (1998): *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatolingüística*, Barcelona: Ariel.

—, SALVADOR PONS Y JOSÉ PORTOLÉS (coords.) (2008): *Diccionario de partículas discursivas del español*, en <http://www.dpde.es>.

BUSTOS TOVAR, JOSÉ JESÚS (1996): “La imbricación de la oralidad en la escritura como técnica del discurso narrativo”, en Thomas Kotschi, Wulf Oesterreicher y Klaus Zimmermann (eds.), 359-374.

— (2000): “Mecanismos de cohesión discursiva en castellano a fines de la Edad Media”, en M.^a Teresa Echenique Elizondo y Juan Sánchez Méndez, *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, I, Madrid: Gredos, 53-84.

— (2001a): “Algunos tipos de diálogos en el español del siglo XVI”, en *Lengua, discurso, texto. Actas del I Simposio Internacional de Análisis del Discurso*, Madrid: Visor / Universidad Complutense, 1515-1530.

— (2001b): “De la oralidad a la escritura en la transición de la Edad Media al Renacimiento: la textualización del diálogo conversacional”, *Críticón*, 81-82, 191-206.

— *et alii* (eds.) (2011): *Homenaje a Antonio Narbona*, Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla (en prensa).

CANO AGUILAR, RAFAEL (1996-1997): “La ilación sintáctica en el discurso alfonés”, *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 21, 295-324.

— (2001): “La cohesión gramatical del discurso en el castellano del siglo XV”, en Elena Méndez, Josefa Mendoza y Yolanda Congosto (eds.), 181-202.

— (2003): “Función sintáctica, significación gramatical y valor léxico en la conexión supraoracional”, en José Luis Girón Alconchel *et alii* (eds.), vol. I, 297-314.

— (2004): “La cohesión del discurso en la lengua de Cervantes”, *Edad de Oro*, XIII, 135-159.

— (2007): “Conectores del discurso en el español del siglo XVI”, *Lexis*, XXXI (1 y 2), 5-45.

COMPANY COMPANY, CONCEPCIÓN (2004): “¿Gramaticalización o desgramaticalización? Reanálisis y subjetivización de verbos como marcadores discursivos en la historia del español”, *Revista de Filología Española*, Tomo LXXXIII, Fascículo 1^o, 29-66.

CORTÉS RODRÍGUEZ, LUIS (1991): *Sobre conectores, expletivos y muletillas en el español hablado*, Málaga: Ágora.

DEL REY QUESADA, SANTIAGO (2011): “Oralidad y escrituralidad en el diálogo literario: el caso de los *Coloquios* de Erasmo”, en José Jesús de Bustos Tovar *et alii* (eds.).

ENRIQUE-ARIAS, ANDRÉS (dir.) (2008a): *Biblia Medieval*, en <http://www.biblia-medieval.es>.

— (2008b): “Las traducciones de *eius* e *illius* en las biblias romanceadas. Nuevas perspectivas para el estudio de la expresión de la posesión en español medieval”, en Döhla, Hans-Jörg, Raquel Montero Muñoz y Francisco Báez de Aguilar González (eds.): *Lenguas en diálogo: el iberorromance y su diversidad lingüística y literaria. Ensayos en homenaje a Georg Bossong*, Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana.

EBERENZ, ROLF (1994): “Enlaces conjuntivos y adjuntos de sentido aditivo del español preclásico: *otrosí, eso mismo, asimismo, demás, también, aun, etc.*”, *Iberorromania*, 39, 1-20.

FERNÁNDEZ ALCAIDE, MARTA (2009): *Cartas de particulares en Indias del siglo XVI: edición y estudio discursivo*, Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

FISCHER, KERSTIN (ed.) (2006): *Approaches to discourse particles*, Amsterdam: Elsevier.

FRASER, BRUCE (1988): “Types of English discourse markers”. *Acta Linguistica Hungarica* 38 (1-4), 19-33.

— (1990): “An approach to discourse markers”, *Journal of Pragmatics*, 14, 383-395.

— (1999): “What are discourse markers?”, *Journal of Pragmatics*, 31, 931-952.

FRANK, BARBARA, THOMAS HAYE Y DORIS TOPHINKE (eds.) (1997): *Gattungen mitelalterlicher Schriftlichkeit*, Tübingen: Narr.

FUENTES RODRÍGUEZ, CATALINA (1993): “Conectores “pragmáticos””, en Esperanza R. Alcaide Lara, M.^a Mar Ramos Márquez y Francisco J. Salguero Lamillar (eds.), *Estudios lingüísticos en torno a la palabra*, Sevilla: Dpto. Lengua Española, Lingüística y Teoría de la Literatura. Universidad de Sevilla, 71-104.

— (2001): “Los marcadores del discurso, ¿una categoría gramatical?”, en Elena Méndez, Josefa Mendoza y Yolanda Congosto (eds.), 323-348.

— (2009): *Diccionario de conectores y operadores del español*, Madrid: Arco/Libros.

GAUGER, HANS-MARTIN (1996): “‘Escribo como hablo’. Oralidad en lo escrito”, en Thomas Kotschi, Wulf Oesterreicher y Klaus Zimmermann (eds.), 341-358.

GIL, ALBERTO (1987): “La veracidad del diálogo literario”, en Henk Haverkate (ed.), *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*, 6, *La semiótica del diálogo*, Amsterdam: Rodopi, 119-148.

GIRÓN ALCONCHEL, JOSÉ LUIS *et alii* (eds.) (2003a): *Estudios ofrecidos al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, Madrid: Universidad Complutense.

— (2003b): “Evolución de la cohesión en el discurso ensayístico entre 1648 y 1726”, en José Luis Girón Alconchel *et alii* (eds.), vol. I, 331-360.

HALKIN, LÉON-E., FRANZ BIERLAIRE Y RENÉ HOVEN (eds.) (1972): *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami, Ordinis primi tomus tertius: Colloquia*, Amsterdam: North-Holland Publishing Company.

IGLESIAS RECUERO, SILVIA (1998): “Elementos conversacionales en el diálogo renacentista”, en Wulf Oesterreicher, Eva Stoll y Andreas Wesch (eds.), 385-419.

JACOB, DANIEL Y JOHANNES KABATEK (eds.) (2001): *Lengua medieval y tradiciones discursivas en la Península Ibérica. Descripción gramatical, pragmática histórica, metodología*, Madrid: Vervuert.

KABATEK, JOHANNES (2001): “¿Cómo investigar las tradiciones discursivas medievales? El ejemplo de los textos jurídicos castellanos”, en Daniel Jacob y Johannes Kabatek (eds.), 97-132.

— (2003): “La lingüística románica histórica: tradición e innovación en una disciplina viva”, *La Corónica*, 31.2, 35-40.

— (2004): *Die Bolognische Renaissance und der Ausbau romanischer Sprachen- Juristische Texttraditionen und Sprachentwicklung in Südfrankreich und Spanien im 12. und 13. Jahrhundert*, Tübingen: Niemeyer.

— (2005): “Tradiciones discursivas y cambio lingüístico”, *Lexis: Revista de lingüística y literatura*, 29, 2, 151-177. También [en línea] <<http://www.kabatek.de/discurso>> [consulta: 01/08/10].

KOCH, PETER (1993): “Pour une typologie conceptionnelle et médiale des plus anciens documents/monuments des langues romanes”, en Maria Selig *et alii* (eds.), *Le passage à l'écrit des langues romanes*, Tübingen: Narr, 39-81.

— (1997): “Diskurstraditionen: zu ihrem sprachtheoretischen Status und zu ihrer Dynamik”, en Barbara Frank, Thomas Haye y Doris Tophinke (eds.), 43-79.

— Y WULF OESTERREICHER (2007[1990]): *Lengua hablada en la Rumania: español, francés, italiano*. Trad. de Araceli López Serena, Madrid: Gredos.

KOTSCHI, THOMAS, WULF OESTERREICHER Y KLAUS ZIMMERMANN (eds.) (1996): *El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica*, Frankfurt am Main / Madrid: Vervuert / Iberoamericana.

KROON, CAROLINE (1995): *Discourse Particles in Latin. A study of nam, enim, autem, vero and at*, Ámsterdam: Gieben.

— (1998): “A framework for the description of Latin discourse markers”, *Journal of Pragmatics*, 30, 2, 205-223.

— (2009): “Latin Linguistics between Grammar and Discourse. Units of Analysis, Levels of Analysis”, en Elisabeth Rieken y Paul Widmer (eds.), *Pragmatische Kategorien. Form, Funktion und Diachronie*, Wiesbaden: Reichert, 143-158.

LEAL ABAD, ELENA (2008): *Configuraciones sintácticas y tradiciones textuales. Los diálogos medievales*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

LÓPEZ SERENA, ARACELI (2007a): *Oralidad y escrituralidad en la recreación literaria del español coloquial*, Madrid: Gredos.

— (2007b): “Mesa redonda I. Las tradiciones discursivas en la historiografía lingüística y en la historia de la lengua española”, en Marta Fernández Alcaide y Araceli López Serena (eds.), *400 años de la lengua del Quijote. Estudios de historiografía e historia de la lengua española. Actas del V Congreso Nacional de la Asociación de Jóvenes Investigadores de Historiografía e Historia de la Lengua Española (Sevilla, 31 de marzo, 1 y 2 de abril de 2005)*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 49-111.

— Y MARGARITA BORREGUERO ZULOAGA (2010): “Los marcadores del discurso y la variación lengua hablada *vs.* lengua escrita”, en Óscar Loureda y Esperanza Acín (eds.), 405-495.

— (2011), “Más allá de los marcadores del discurso”, en José Jesús de Bustos Tovar *et alii* (eds.).

LOUREDA LAMAS, ÓSCAR Y ESPERANZA ACÍN VILLA (coords.) (2010): *Los estudios sobre marcadores del discurso en español, hoy*, Madrid: Arco/Libros.

MARTÍN ZORRAQUINO, M.^a ANTONIA (1998): “Los marcadores del discurso desde

el punto de vista gramatical”, en M.^a Antonia Martín Zorraquino y Esperanza Montolío Durán (coords.), *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*, Madrid: Arco/Libros, 19-53.

— Y JOSÉ PORTOLÉS LÁZARO (1999): “Los marcadores del discurso”, en Ignacio Bosque y Violeta Demonte (dirs.), 4051-4214.

MÉNDEZ, ELENA, JOSEFA MENDOZA Y YOLANDA CONGOSTO (eds.) (2001): *Indagaciones sobre la lengua. Estudios de Filología y Lingüística españolas en memoria de Emilio Alarcos*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

NARBONA JIMÉNEZ, ANTONIO (1989): *Las subordinadas adverbiales impropias en español. Bases para su estudio*, Málaga: Ágora.

— (1993): “Notas sobre sintaxis coloquial y realismo en la literatura narrativa española”, en José Antonio Bartol *et alii* (eds.), *Estudios filológicos en homenaje a Eugenio de Bustos Tovar*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 667-673.

— (2001): “Diálogo literario y escritura(lidad)-oralidad”, en Rolf Eberenz (ed.), *Diálogo y oralidad en la narrativa hispánica moderna. Perspectivas literarias y lingüísticas*, Madrid: Verbum, 189-208.

— (2005): “Sintaxis de la escritura de lo oral en los diálogos del *Quijote*”, en Luis Cortés Rodríguez, Antonio Miguel Bañón Hernández, M.^a Mar Espejo Muriel y José Luis Muñio Valverde (coords.), *Discurso y oralidad. Homenaje al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, I, Madrid: Arco/Libros, 65-110.

[NGLE] REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2009): *Nueva Gramática de la Lengua Española*, Madrid: Espasa Libros, S. L. U.

OCTAVIO DE TOLEDO Y HUERTA, ÁLVARO S. (2001-2002): “¿Un viaje de ida y vuelta?: la gramaticalización de *vaya* como marcador y cuantificador”, *Anuari de Filologia*, XXIII-XXIV, Secció F, núm. 11-12, 47-71.

OESTERREICHER, WULF (1996): “Lo hablado en lo escrito. Reflexiones metodológicas y aproximación a una tipología”, en Thomas Kotschi, Wulf Oesterreicher y Klaus Zimmermann (eds.), 317-340.

— (1997): “Zur Fundierung von Diskurstraditionen”, en Barbara Frank, Thomas Haye y Doris Tophinke (eds.), 19-41.

— (1998): “Textzentrierung und Rekontextualisierung. Zwei Grundprobleme der diachronischen Sprach- und Textforschung”, en Christine Ehler y Ursula Schaefer (eds.), *Verschriftung und Verschriftlichung. Aspekte des Medienwechsels in verschiedenen Kulturen und Epochen*, Tübingen: Narr, 10-39 (ScriptOra 94).

—, EVA STOLL Y ANDREAS WESCH (eds.) (1998): *Competencia escrita, tradición discursiva y variedades lingüísticas. Aspectos del español europeo y americano en los siglos XVI y XVII. Coloquio internacional, Friburgo 1996*, Tübingen: Narr

— (2004): “Textos entre inmediatez y distancia comunicativas. El problema de lo hablado escrito en el Siglo de Oro”, en Rafael Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, Barcelona: Ariel, 729-769.

PONS BORDERÍA, SALVADOR (1998): *Conexión y conectores: estudio de su relación en el registro informal de la lengua*, Valencia: Universitat de Valencia.

— (2006): “Chapter 5. A functional approach to the study of discourse markers”, en Kerstin Fischer (ed.), 77-99.

PONS RODRÍGUEZ, LOLA (2007): “*Cesarán las palabras*: la lengua de los diálogos en un texto cuatrocentista”, *Cahiers d'Études Hispaniques Médiévales*, 30, 289-320.

— (2010a): “Los marcadores del discurso en la historia del español”, en Óscar Loureda y Esperanza Acín Villa (coords.), 523-615.

— (2010b): “Prejuicios y apriorismos en la investigación histórica sobre mar-

cadores discursivos (con algunas notas sobre *así las cosas*)”, en Margarita Borreguero Zuloaga *et alii* (eds.): *Marqueurs du discours dans les langues romanes: une approche contrastive*. Paris: Lambert Lucas (en prensa).

RISSELADA, RODIE (1994): “*Modo* and *sane*, or what to do with particles in Latin directives”, en József Herman (ed.), *Linguistic studies on Latin*, Amsterdam: Benjamins, 319-343.

— (1998): “Latin *sane*: Marker of agreement in description, interaction and concession”, *Journal of Pragmatics*, 30, 225-244.

SCHIFFRIN, DEBORAH (1987): *Discourse markers*, Cambridge: Cambridge University Press.

SCHLIEBEN-LANGE, BRIGITTE (1983): *Traditionen des Sprechens. Elemente einer pragmatischen Sprachgeschichtsschreibung*, Stuttgart: Kohlhammer.

SCHOURUP, LAWRENCE (1999): “Tutorial overview: Discourse markers”, *Lingua*, 107, 227-265.

STOLL, EVA (1998): “Géneros en la historiografía indiana: modelos y transformaciones”, en Wulf Oesterreicher, Eva Stoll y Andreas Wesch (eds.), 143-168.

TRAUGOTT, ELISABETH C. (1997): “The role of the development of discourse markers in a Theory of Grammaticalization” [en línea] <<http://www.stanford.edu/traugott/papers/discours.pdf>> [Consulta: 06/03/2011].

VIAN HERRERO, ANA (1988): “La ficción conversacional en el diálogo renacentista”, *Edad de Oro*, 7, 173-186.